

SALUTACIÓN

A estas palabras de salutación y bienvenida deben inevitablemente sumarse unas palabras de despedida y balance, pues al final de esta semana voy a cumplir la edad de 76 años y, por lo tanto, es casi seguro que este Coloquio es el último de nuestra prestigiosa serie en el que habría participado, si unos obstáculos muy molestos de salud no me hubiesen impedido acudir a Barcelona. No sé si Dios me concederá cuatro años más de vida para que me sea permitido volver a verles a Ustedes con ocasión de la décima reunión de nuestro ciclo.

Sin embargo, en este momento me parecen adecuadas unas reflexiones sobre mi vida hispánica, que tiene dos aspectos radicalmente distintos. El primero fue el acceso a las fuentes de las lenguas prerromanas de la Península, cuyo resultado son los cuatro volúmenes de los *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, un proyecto desarrollado a lo largo de cuarenta años de mi vida, siempre acompañado por mi mujer Bertha. Fue facilitado, por un lado, por los medios financieros prestados por la Deutsche Forschungsgemeinschaft para realizar viajes y trabajos de documentación epigráfica en los museos de España, Portugal y Francia, y para estudiar monedas hispánicas en Munich, Berlín, Copenhague, Londres, París, Madrid, Barcelona y Sevilla y facilitado por otro, por la ilimitada disposición de los directores, conservadores, empleados de los museos y monetarios, que nos permitieron ver, dibujar y fotografiar las piezas originales. La amabilidad avasalladora con la que nos recibieron y ayudaron se convirtió en muchos casos en relaciones de amistad personal y familiar que perduran hasta hoy.

El segundo aspecto es la irresistible curiosidad que me indujo a la tentación de formarme una visión interpretativa de lo que se desprende de la documentación mencionada: una visión de las lenguas prerromanas de la Península, sus características, su distribución temporal y geográfica, y sus relaciones con otras lenguas del mundo, pues no podía negar mi formación ni mi *engagement* como lingüista, en particular dedicado a la lingüística indoeuropea. Ahora bien, si de los *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, prescindiendo del primer volumen, que cayó

en desuso a la vista de las obras posteriores de Leandre Villaronga y María Paz García-Bellido, los volúmenes dos, tres y cuatro parecen estar generalmente acreditados como base de referencia e identificación de los monumentos que contienen, a cambio, mis esfuerzos dedicados al estudio de las lenguas prerromanas se revelan como un gran fracaso. Mi convencimiento de que todas las lenguas prerromanas indoeuropeas de la Península pertenecen a la subfamilia celta, formando un *continuum* de dialectos desde la costa atlántica hasta la cuenca del río Ebro, sigue siendo rechazado unánimamente por todos los especialistas dentro y fuera de Hispania. Igualmente, la línea que separa los topónimos con *-briga* de los topónimos y antropónimos con *ilti, ilu*, está desvaneciéndose por las investigaciones de Francisco Villar y Xaverio Ballester, que descubren un substrato indoeuropeo en toda la Península, o por los estudios sagaces de Javier de Hoz, según los cuales la lengua ibérica, tal y como se nos presenta en la epigrafía indígena, sólo se hablaba en una pequeña parte de la zona en la que aparecen sus testimonios, mientras que en todas las demás regiones tenía la función de una lengua vehicular, que se usaba coetáneamente con idiomas autóctonos distintos del ibérico. Todos esos conceptos y a los muchos otros de los que están ocupándose los filólogos, historiadores y arqueólogos de la Península, deseo que se comprueben como elementos convincentes de una nueva imagen de la Hispania prerromana, cada vez más correcta, más realista y mejor fundada que la imperante en la actualidad.

De todas maneras, a mí no me resulta fácil aceptar las ideas que acabo de mencionar —ni las antiguas, en parte ya clásicas, ni las nuevas—. Pero eso es culpa y responsabilidad mía, y no puedo hacer otra cosa que pedirles perdón a los colegas y sobre todo a los alumnos de éstos, si les he desconcertado con mis opiniones heréticas, y rogarles que las olviden lo antes posible. Y a mis alumnos en la Península les ruego que me crean al decirles que para mí es un desengaño enorme, que la confianza que me han dispensado les haya llevado a un callejón sin salida respecto a su futuro académico, aunque me alegra ver que sus obras sobre temas paleohispánicos —las de Isabel Panosa, Alberto Quintanilla, Carlos Búa, Amílcar Guerra— encuentran aprobación en el ambiente científico peninsular.

Sin embargo, no quiero despedirme con una retrospectiva amarga y negativa. Por el contrario, me importa poner de relieve las experiencias humanas que nos han deparado, a mi mujer y a mí, durante los 48 años de trabajo en la Península. En España y Portugal nos rodea una amistad mucho más intensa que en cualquier otra parte del mundo. En ciudades como Barcelona, Zaragoza, Vitoria, Madrid, Valencia, Sevilla, Lisboa,

Salamanca o Santiago de Compostela nos sentimos como en casa, abrigados por la hospitalidad de nuestros amigos. Y de mis amigos peninsulares recibí las más emocionantes señales de pésame después del fallecimiento de mi mujer.

Pero volvamos a la actualidad. No cabe duda de que la brillante organización debida a Javier Velaza y su equipo garantiza un brillante éxito de la reunión que empieza en este momento y por lo tanto no requiere mucho aliento desde afuera. Sin embargo, quiero expresar mis más sinceros deseos de que las ponencias, comunicaciones y discusiones resulten plenamente satisfactorias para todos los participantes.

Las últimas palabras de despedida las dirijo a los miembros del comité internacional de organización de nuestros coloquios: a mis saludos y a las gracias reiteradas por vuestra colaboración añado la certeza de que encontraréis un buen sucesor en la función de presidente.

Jürgen UNTERMANN